

Trabajos arbitrados

Un dispositivo psicoanalítico en clave de borde

Patricia Laura Kupferberg

1) Introducción

El presente trabajo propone a su eventual lector navegar por un dispositivo psicoanalítico, transitado por la lógica presentacional perteneciente a la teoría vincular desarrollada por Isidoro Berenstein y Janine Puget, que hace borde con la ya consagrada lógica representacional y de la relación de objeto.

Presencia simultánea de perspectivas diferentes que posibilitan ampliar la mirada psicoanalítica, potenciándola, ya que las citadas lógicas resultan ser heterólogas entre sí, desprovistas de analogías, caracterizando cada una de ellas, un particular “hacer con el otro”.

La lógica representacional caracteriza un hacer con el otro “a los efectos de reproducir lo ya hecho” (Berenstein, 2007, pp. 22), transformando lo inédito de un encuentro analítico en un re-encuentro, en una reedición, vinculado a movimientos transferenciales teñidos de identificación proyectiva y repetición.

Movimiento regresivo al servicio de lo progresivo de un proceso psicoanalítico ya que posibilita tanto al paciente como al analista acrecentar los grados de libertad en la captación inconsciente de un conflicto en aquí y ahora de allá entonces, potenciando a la pareja analítica en la co-construcción de nuevas significaciones.

Por su parte, la lógica presentacional conceptualiza un hacer con el otro cuyo punto de partida es el desacomodamiento identitario del Yo. Es decir, el Yo no puede seguir siendo ni idéntico a sí mismo ni

idéntico al otro, frente a un sector de éste último imposible de representar, imposible de identificar.

Propuesta bidireccional que intenta acercar un aporte teórico-técnico que posibilite seguir diferenciando la práctica psicoanalítica, de una praxis psicoanalítica en paulatina transformación.

Una mirada retrospectiva nos permite apreciar cómo el surgimiento de nuevas miradas teórico-técnicas evidencian al clásico encuadre psicoanalítico como una herramienta viva, en progresivo cambio.

Recordemos entre otros, el valioso aporte teórico-técnico de Willy y Madeleine Baranger (1969) con la Teoría del campo, en el que argumentan el concepto de situación analítica como campo dinámico, creador de una fantasía básica original que surge de la misma situación de campo, en donde cada uno de los integrantes del mismo participa en la producción de una fantasía intersubjetiva propia de ese campo.

Dicha fantasía, sostienen los Baranger, posibilita a la pareja analítica comenzar a esclarecer, en grados asimétricos, el funcionamiento psíquico y la historia intrasubjetiva de cada uno de los participantes, configurando un proceso psicoanalítico que no quedaría exclusivamente circunscripto a un enfoque unipersonal, unidireccional: transferencia-contratransferencia.

En este sentido, las nuevas conceptualizaciones teórico-técnicas propuestas por la teoría vincular prosiguen el camino de progreso, de ampliación de la mirada-encuadre del analista, abierto magistralmente por los Baranger, P. Riviere y J. Bleger, sumando a la clásica escucha psicoanalítica desde la lógica representacional y de las relaciones objetuales, una otra escucha menos acuñada, cuyo punto de partida es la lógica presentacional.

Convivencia de lógicas heterólogas que configuran y definen una otra herramienta de trabajo para el analista que denominaremos: dispositivo psicoanalítico.

Concepto último al que consideramos con capacidad teórico-técnica de albergar una multiplicidad de fenómenos de campo que incluye el campo transferencial-contratransferencial intersubjetivo y las producciones pertenecientes al campo vincular.

Es decir, un dispositivo psicoanalítico en el que cohabitan situacio-

nes analíticas pertenecientes al campo inconsciente intersubjetivo, plausibles de ser interpretadas dentro de la transferencia, e interpretaciones de la transferencia referidas al analista, ambas orientadas a desanudar lo intrasubjetivo.

Dinámica interpretativa articulada desde una mirada diametralmente alejada de una posición subjetiva radical, que considera fundamentalmente el punto de vista del analista como creador de la interpretación.

Y un campo vincular en donde se despliegan situaciones analíticas creadas por un conjunto de dos sujetos o más que se resiste, no defensivamente, sino por definición a ser significado como vicisitud del mundo interno, a la espera de su descripción.

Es decir, un dispositivo psicoanalítico en donde convive la psicología bipersonal con lo vincular y es en ese borde en donde, al decir de I. Berenstein (2007):

“el afuera, lo exterior puede ser instrumentado por el analista, incluyéndolo sin mezclarlo ni disolverlo en el adentro del psiquismo, así como lo interno, lo inconsciente también deberá tratárselo como exclusión que lo lleva a formar parte del sujeto”. (pp.16), requiriendo de técnicas específicas para su particular abordaje.

Se propone la figura del reproche como un producto discursivo defensivo de la vida vincular de una pareja matrimonial, que hace borde con el mundo interno de cada uno de los partenaire.

Dicho borde posibilita al analista realizar conjeturas interpretativas de un presente de allá entonces, pudiendo remitir la situación analítica a un pasado infantil con probables marcas traumáticas. Y también intervenciones descriptivas de un aquí y ahora de hoy, en donde lo que se hace presente, con existencia exterior, es un sector del otro que no entra en lo común de la relación, resistiéndose a ser identificado por el Yo, y pasa a través del borde a la interioridad, convocando a la pareja analítica a realizar un trabajo vinculado a hacerle un lugar en el interior, pero como algo no propio, exterior.

Complejizando dinámicamente la escucha analítica y su posterior instrumentación.

2) ¿Qué es un dispositivo?

Breve recorrido genealógico. Contribución

Avanzando en la presentación de los conceptos teóricos que articulan el presente trabajo de investigación, comenzaremos por el de dispositivo, actualmente utilizado en el ámbito psicoanalítico, en escritos teóricos, teóricos-clínicos, evidenciando su instalación conditiva en la episteme psicoanalítica.

Foucault (1977) lo define como:

“un conjunto resueltamente heterogéneo que incluye discursos, instituciones, instalaciones arquitectónicas, decisiones reglamentarias, leyes, medidas administrativas, enunciados científicos, proposiciones filosóficas, morales, filantrópicas, brevemente, lo dicho y lo no dicho, estos son los elementos del dispositivo”. Y agrega: “el dispositivo mismo es la red que se establece entre estos elementos” (pp. 171-172).

El filósofo francés también argumenta que un dispositivo es una especie de formación que tuvo por función mayor responder a una emergencia en un determinado momento. El dispositivo pues, tiene una función estratégica dominante, se encuentra siempre inscripto en el juego del poder.

Esther Díaz (2003) señala con interés, la particular concepción “foucaultiana” del juego del poder pensado como algo múltiple, como un juego de fuerzas que excede la violencia que se orientaría a cambiar y destruir objetos.

La citada autora también aduce que la fuerza a la que se refiere Foucault tiene como objeto otras fuerzas, es decir las relaciones de poder se caracterizan por la capacidad de unos, para poder conducir las acciones de otros. Es una relación entre acciones, entre sujetos de acción. Su ser es la relación.

G. Agamben (2005) en su artículo que lleva como título “Qué es un Dispositivo” realiza una genealogía sumaria de dicho término, prime-

ro dentro de la obra de Foucault y luego en un contexto más amplio.

Describe el itinerario conceptual por el que transita éste último para definir el objeto de sus investigaciones, partiendo del término *Positivité*, etimológicamente cercano al que luego se convertirá en eje de sus investigaciones: el término dispositivo.

Término técnico fundamental, argumenta Agamben, en la estrategia del pensamiento de Foucault, en donde éste toma partido de un problema decisivo: la relación de los individuos como seres vivientes y el elemento histórico, entendiendo con este término el conjunto de las instituciones, de los procesos de subjetivación y de las reglas en que se concretan las relaciones del poder. Investigando los modos concretos en que los dispositivos actúan en las relaciones, en los mecanismos y en los juegos del poder.

El recorrido genealógico realizado por Agamben contribuye a nuestro trabajo de ir demarcando nuestra ruta de investigación, ya que amplía el concepto “dispositivo” situándolo en un nuevo contexto a saber del autor:

“llamo literalmente dispositivo a cualquier cosa que tenga de algún modo la capacidad de capturar, orientar, determinar, interceptar, modelar, controlar y asegurar los gestos, las conductas, las opiniones y los discursos de los seres vivientes” (Agamben, 2005, pp.4)

El citado autor también desarrolla otro concepto que resulta relevante para el despliegue del presente trabajo: “liberar lo que había sido capturado por los dispositivos, para devolverlos a un posible uso común” (Agamben, 2005, pp. 6)

Propone como método de liberación la profanación de los dispositivos, entendiendo como profano, citando al jurista Trebacio, “profano es aquello que habiendo sido sagrado o religioso es restituido al uso y a la propiedad de los hombres” (Agamben, pp. 97).

Es decir, la ampliación del concepto dispositivo desarrollada por Agamben nos permite pensar en un dispositivo psicoanalítico en el que coexisten campos heterólogos. El campo transferencial-contra-

transferencial transitado por la creación de una fantasía inconsciente intersubjetiva que compromete, en grados asimétricos, zonas de la historia personal de los participantes que admiten transferencias. Y un campo vincular en el que se despliegan producciones mentales que denotan un sector del otro, imposible de ser investido objetalmente por el Yo.

3) Viñeta clínica

Pedro: Estos días no estuvimos discutiendo porque casi no nos vimos (se ríe). Yo viajé a San Luis, llegué ayer, y ella tuvo algunas cosas.

Alicia: Sí tuve un cumpleaños y una reunión con la gente del trabajo... sí, pero lo que pasó es que apenas llegaste ya empezaste a protestar. Hace unos meses que estamos sin empleada, yo hago lo que puedo y más también, a veces consigo alguna chica que venga a hacer algunas cosas de la casa, estuve planchando todas las camisas, se había juntado un montón de ropa, y empezaste a putear que no estaba tu camisa planchada. ¿!!! por qué no me dijiste que querías justamente esa camisa!!!? (grita)

Pedro: Pero Alicia, me acabás de decir que habían planchado todas las camisas, entonces ¿qué te voy a decir?, que me planches alguna camisa si están todas planchadas. Vos sos así, nada te calienta.

Alicia: Pero vos hacés un mundo por una camisa, te tomás todo muy literal.

Pedro: Alicia, cuando vos me decís que los chicos no preguntaron por mí los días que yo no estuve, ¿¡¡cómo querés que me lo tome!!? (grita), ¡¡yo nunca te diría una cosa así!!.

Alicia: Me lo has dicho y cosas peores, pero yo no me las tomo a pecho. Qué se yo, me las decís pero no voy a pensar como pensás vos que los chicos no me quieren.

Pedro: Vos decís cosas terribles, te acordás cuando me dijiste que yo no te acompañé cuando tu papá se estaba muriendo, me hiciste culpable de la muerte de tu papá.

Alicia: Yo no dije eso, dije que vos no me acompañaste.

Pedro: Vos te olvidás por qué llegamos tarde para verlo, hicimos un montón de cosas antes de salir para lo de tu papá y por eso llegamos tarde, pero yo te acompañé. Quizás te acompañé mal, pero te acompañé, pero yo quedo como el hijo de puta de la película. ¡¡Ella me hace cargo de cosas terribles!!! (grita)

Analista: Quisiera decir algo que estoy pensando, es evidente, no podemos negarlo que se dicen cosas, que hay un profundo enojo entre ustedes pero en el sentido de la bronca que provoca que el otro se corra del lugar que tiene en la cabeza de cada uno de ustedes, me refiero que para Alicia “todas las camisas están planchadas incluye que algunas no lo estén, esa es tu definición de “todo”, que al parecer no coincide con la definición que tiene Pedro de “todo”. Por otro lado para Pedro el “quizás yo te acompañé mal, pero te acompañé” parece ser que no coincide, no es lo mismo que entiende Alicia por “acompañar”, y frente a este encontronazo de formas distintas de definir una situación, ¿cómo resuelven este lío?: buscando un culpable.

(Silencio)

Pedro: (asiente con la cabeza), así vivimos.

Alicia: Y si, por eso queremos venir, porque la violencia entre nosotros está como naturalizada.

4) El dispositivo psicoanalítico

a) *El otro no conocido y el otro representado. Bifurcación*

Resulta interesante el inicio de la viñeta, el “casi no nos vimos”, comentario-explicación de Pedro que expresa un “casi no ver” al otro que implícitamente denota lo contrario, es decir un ver algo del otro.¹

Como si en este instante de la viñeta, el “casi no ver” estuviera emparentado con cierta percepción de un sector del otro que al parecer produce discusión.

Discusión que hace resaltar lo infructuoso de un trabajo psíquico

¹ Otro: término que nombra a un sujeto que está tan investido como ese otro sujeto que soy yo, pero que sin embargo es diferente, y esa diferencia es irreductible a la que llamaré: ajenidad (Berenstein I, 2007, pp. 169).

que no alcanza para transformar en imagen representable, en imagen conocida, un sector de la presencia del otro, que en el momento de su captación produce cierta inquietud defensiva. Su intento de incorporarlo al Yo, haciéndolo propio, resulta fallido.

Es decir, la llegada del otro, el encontrarse cara a cara, configura un presente simultáneo entre sectores de presencias que no encuentran un registro previo.

Al parecer el uso en común que realizan Pedro y Alicia del espacio-temporal de la sesión, reviste características opuestas al modelo de la imagen reflejada en un espejo. En el citado modelo, el espacio físico de éste último no se resiste a ser penetrado por la imagen que refleja un objeto real. En términos deleuzeanos: “la propia imagen actual tiene una imagen virtual que le corresponde como un doble o un reflejo” (Deleuze, 1987, pp. 97-98).

Diríamos que la presencia simultánea de Alicia y Pedro dimensiona una espacio-temporal en donde la citada lógica especular toma protagonismo desde su resistida existencia. El otro no refleja la coincidencia esperada entre la imagen-representación del otro y la presencia real del otro. Es decir el otro no se encuentra, desde la mirada del Yo, en su supuesto lugar.

La ilusión de una coincidencia especular sufre los avatares de la existencia de la otredad, parafraseando a Janine Puget, existe un sector del otro imposible de prever que resulta un exceso para el Yo, respecto de su imposibilidad de hacerlo coincidir con una representación previa, denotando lo imprevisible del otro.

En este sentido, la lógica representacional es impactada por un sector no conocido, no representado del otro que se resiste a ser modelo a imagen y semejanza del Yo, alimentando un particular producto vincular: el reproche.

Se comienza a configurar en la mente del analista una posible situación analítica: dos sujetos impactados por el registro de un sector del otro que resulta ser más que no-yo, “no sólo bajo el imperio de la percepción, es aquello que no nos deja seguir siendo, es decir va en contra de lo identitario en nosotros” (Berenstein, 2007, pp. 22).

Imposición² de presencia del otro que commueve a un Yo todo poderoso. La discusión huele a herida narcisista por lo que no pudo ser, respecto de la imposibilidad del Yo de transformar espectralmente en propio, lo no propio.

Pero en este instante de la sesión Alicia protesta en presencia de Pedro y el analista, en este sentido el “casi no nos vimos” se transforma en el aquí y ahora en: “nos estamos viendo en presencia del analista”, configurando un entramado situacional de la pareja analítica (pareja-paciente y analista) plausible de análisis.

Situación analítica que despierta una inquietante bifurcación teórico-técnica flotante en la mente del analista respecto de su lugar, ya sea como objeto de proyecciones, en donde el paciente nos identifica con sus objetos internos, haciendo presente lo ausente y también como un sujeto que no admite hacerlo coincidir con un rol imaginario estereotipado.

Bifurcación que podría habilitar técnicamente al analista a interpretar que en este instante de la sesión el clima es transferencial, al estilo de una analista-empleada que “a veces hace algunas cosas”, que a veces observa-escucha el montón acumulado de ropa-reproches. Y también a decidir técnicamente describir el impacto y los efectos respecto de un sector de su presencia que no puede ser investido objetalmente, es decir un sector que se resiste a ser transformado en el analista-empleada.

Borde entre lo transferencial y lo vincular, que evidencia la complejidad de un dispositivo psicoanalítico pensado no sólo como sede de producciones mentales que se desprenden de los aparatos psíquicos de los participantes en la dimensión del “como si”, sino también de producciones que surgen del vínculo entre sujetos a los que la investidura proyectiva cubre parcialmente, evidenciando un sector del otro no identificado, no conocido por el Yo.

Es decir, un sector que excede la citada incidencia proyectiva,

² Imposición: “Este otro, con una vida ajena, nos marca desde la imposición de su presencia (presencia que no podría dejar de imponer), no por exceso ni por alguna forma de déficit o de maldad, sino por la definición misma de otro y la consiguiente dificultad de inscribirla como algo propio”. (Berenstein, 2007, pp.174)

sorprendiendo al Yo por lo imposible de recordar en relación a una ausencia, en la búsqueda de la identidad y la coincidencia con una imagen anterior.

Justamente su no re-actualización, evidencia su no inscripción previa, frustrando al Yo por su imposibilidad de reconocer una presencia no conocida, por conocer.

Instante de desilusión, de no coincidencia, que simultáneamente inaugura y dimensiona un presente entre sujetos experimentando la ajenidad del otro ya, que por definición ésta última no desaparece, es decir no se deja rechazar ni ubicar por fuera del Yo, y tampoco se deja inscribir como objeto perteneciente al Yo.

Promoviendo un posible despliegue, al decir de Berenstein, de una habilidad y disposición para enfrentar la incertidumbre proveniente de lo no conocido del otro.

b) El otro todo semejante. El objeto abandónico

Retomando nuestra viñeta, Alicia dice: “la chica estuvo planchando todas las camisas”, y Pedro responde: “Alicia, me acabás de decir que habían planchado todas las camisas, entonces qué te voy a decir que me planches alguna camisa, si están todas planchadas”, resultan expresiones que nos permiten argumentar conceptualmente una particular formación de pensamiento de la pareja-paciente que devino convicción, el “sobreentendido”.

Formación del pensamiento “ligado al sentimiento de lo obvio y a las creencias devenidas convicciones” (Berenstein 2007, pp. 137), a partir del cual tanto Alicia como Pedro sobreentienden que están diciendo y escuchando lo mismo, anulando toda traducción, ya que la acción de traducir denota el desfasaje “entre” lo dicho y lo escuchado, “entre” el sujeto y el otro.

Es decir, Alicia cree que cuando ella dice “todas las camisas”, Pedro está escuchando en el idioma “Alicesco” “algunas camisas” y Pedro cree que cuando Alicia dice “todas las camisas están planchadas “lo dice desde el idioma “Pedrístico”, es decir que todas las camisas son todas las camisas, sin ninguna excepción.

Nos encontramos en presencia de un fuerte ingrediente dogmático-interpretativo que, en algún sentido intenta completar omnipotente-mente lo imposible de completar: la aureola de cualidad inefable que matiza lo dicho por el otro, lo cual configura, en el mejor de los casos, un entramado vincular entre sujetos, que no puede incluirlos en un “todo semejante”, desafiando a la producción vincular, a partir de la alteridad.³

En este sentido, podríamos pensar el reproche como un producto discursivo defensivo de la vida vincular de la pareja-paciente que evidencia una creencia omnipotente en crisis, “el otro como todo semejante”.

El reproche también podría ser pensado desde otra perspectiva teórica, como expresión del mundo interno, representacional de las relaciones objetales de cada uno de los partenaires, en donde Alicia le reprocharía a Pedro no sentirse escuchada, transformando proyectivamente a Pedro en un objeto abandónico a reprochar, que es visto como externo, pero que es continuación de la realidad psíquica de aquélla.

Y Pedro también le reprocharía a Alicia el no sentirse escuchado, expresión que, implícitamente podría estar denotando la proyección de un objeto interno persecutorio que incide en Alicia, transformándola en representante de un objeto abandónico plausible de reproche, que es visto como externo, pero es continuación del mundo interno de Pedro.

Lógica representacional de identificaciones mutuas que excede un entrecruzamiento automático de identificaciones proyectivas-introyectivas, ya que dicho entrecruzamiento es condición para una situación de campo que posibilitaría la creación de una fantasía inconsciente básica intersubjetiva, “el objeto que no escucha”, el objeto abandónico.

Fantasía en la que el analista estaría participando de su creación de forma asimétrica, a través de su propio funcionamiento psíquico, limitado por sus series complementarias, a través de su “no sentirse escuchado”.

³ Alteridad: “En una relación el otro produce una perturbación, un trastorno, provoca una inquietud al proponer un cambio en la identidad del Yo. Es el descubrimiento que hace el Yo del otro. (Berenstein I, 2010. Comunicación personal)

Estimulante bifurcación conceptual, ya anteriormente citada, que posibilita al analista pensar en un dispositivo psicoanalítico “habitado por relaciones de objeto y también por vínculos con otros” (Berenstein, 2007, pp. 20), ampliando técnicamente los puntos de urgencia a instrumentar.

c) Todo. Unidad homogénea. Lógica del uno

Adentrándonos en el concepto “todo”, Alicia dice: “la chica estuvo planchando ‘todas’ las camisas”, comentario que en principio podría ser pensado como un concepto totalizador, absoluto, que no deja lugar para la excepción a la regla.

Pero, acto seguido, comienza a vislumbrarse cierto giro conceptual, dice Alicia gritando, muy enojada: “... y empezaste a putear que no estaba tu camisa planchada, ¡¿por qué no me dijiste que querías justamente esa camisa?!”.

Inesperado viraje semántico en donde Alicia relativiza, con irritación, el poder absoluto, categórico, de definiciones conceptuales, desmitificando por un instante, una dogmática ilusión narcisista aliada de la indiferenciación entre los yoes, más específicamente entre los sujetos.

Ilusión todo poderosa que consiente a la pareja-paciente a edificar una definición de pareja como unidad homogénea, sin fisuras, sin discontinuidades, en código de creencia intocable.

Resulta analíticamente interesante que Alicia le reproche a Pedro no haberla puesto al tanto de la camisa que él deseaba que estuviera planchada, ya que justamente se podría estar desplegando un instante de discontinuidad en el sostenimiento incondicional de una poderosa ilusión de unidad homogénea, anclada en un pensamiento único.

Brutal desilusión que empujaría a Pedro y a Alicia a reprocharse mutuamente por no poder seguir siendo “uno”.

El decir de Alicia “¿porqué no me dijiste...?”, podría estar evidenciando la incómoda discontinuidad que interfiere en una sintomática creencia de pareja como una “unidad todo semejante”, interpelando a Pedro a tomar contacto con el angustiante registro de dos mentes

con lógicas diferentes, que traducen lo dicho por el otro desde su subjetividad, desde su propio vértice.

Traducir lo dicho por el otro implica transitar en un clima de desilusión respecto del registro de un enigmático sector del otro imposible de traducir, de asemejarlo en parte, con algún registro previo.

Desfasaje entre lo dicho y lo escuchado, que evidencia el vacío representacional que implica lo limitado del lenguaje en cuanto a la imposibilidad de transformar en un todo conocido la contundente presencia de un sector del otro con status de ajenidad.⁴

Ajenidad que perturba sobremanera al Yo, empujándolo a reprochar, es decir a construir un discurso defensivo direccionado a “sobre-llevar la ajenidad del otro, cuya característica es la discontinuidad, tratando de darle justamente al otro algún tipo de continuidad, ‘siempre me hacés lo mismo’, lo cual conforma una formación delirante de la vida cotidiana” (Berenstein, 2007, pp. 174).

d) Reproches cruzados: lo propio del Yo vs lo propio del otro

La intensa secuencia de reproches cruzados evidencia un decir devastador, concediéndole a la palabra una fuerza descomunal al servicio de desmantelar lo propio del otro que excede los saberes generalizados del Yo.

Decir devastador que denota un Yo herido narcisísticamente, respecto de su descentramiento como constructor soberano de una identidad ilusoriamente acabado del otro, intentando anular la contundente percepción de “esa marca del otro que no cede a mis intentos de que piense y actúe como yo” (Berenstein, 2007, pp. 170).

El decir de Pedro: “vos sos así, nada te calienta”, podría estar evidenciando, parafraseando a G. Deleuze, un intento de adjetivación *per se* que garantiza la ilusión de un saber absoluto, definitivo del otro, como identidad única y fija.

⁴ Ajenidad: parte inasible de la presencia del otro, que excede el deseo, que permanece por fuera y no puede ser identificado por el Yo. Aparece como específicamente en la otra persona y a la vez como producto de la relación (Berenstein, 2007. Comunicación personal).

Para tal efecto el Yo apela a categorías absolutas, a generalizaciones, eludiendo defensivamente el pensamiento paradojal explicitado por Alicia, que “todas las camisas están planchadas incluye que algunas no lo estén”, ya que dicho pensamiento “es primeramente lo que destruye al buen sentido como sentido único, pero luego es lo que destruye al sentido común como asignación de identidades fijas” (Deleuze, 1969, pp. 27).

Escuchar el decir del Yo, el relato del Yo, en código de reproche, produce efectos al estilo de decires-acciones que convierten al otro en estáticos sustantivos-cosas. El reproche de Pedro “yo nunca te diría una cosa así”, esconde en su reverso un circuito desubjetivante: “Alicia, así siempre una cosa me siento cuando me reprochás y me empuja a reprocharte, a tratarte como una cosa, y a su vez me reprocharás, convirtiéndome otra vez en una cosa, y yo te reprocharé...”

Círculo vicioso que revela el devastador movimiento penetrante del reproche, intentando agujerear con violencia el entramado subjetivo del otro-sujeto, inoculando una lógica basada en la culpa. Generando un clima de reclusión, de encierro identitario entre los reprochados que a su vez reprochan.

Así es como los reproches explicitados por Alicia, intentan sellar una particular inscripción identitaria en Pedro: “el hijo de puta de la película” y los reproches que Pedro le infinge a Alicia la etiquetan como “vos sos así, nada te calienta”.

Particular dinámica vincular o mejor dicho dinámica vincular no vinculante, basada en una lógica complementaria de inscripciones identitarias fijas, que los mantiene unidos pero no vinculados, ya que como sostiene I. Berenstein (2007): “el vínculo sigue vigente pero en tanto relación que no significa, lo cual significa no vinculación” (pp.147).

*e) El reproche: creencia intocable. Memoria a largo plazo
El recuerdo: pensamiento múltiple. Memoria a corto plazo*

¿El reproche es un pensamiento?. ¿El sujeto que reprocha piensa o deja de pensar?

Los reproches apelan al tiempo pretérito (“te acordás cuando me dijiste que yo no te acompañé...” “vos te olvidás por qué llegamos tarde para verlo”), su verbalización es acompañada por un particular y poderoso ingrediente de certeza incombustible.

Intocable certeza que pone de relieve una construcción subjetiva cuya fuerza conceptual reside en un particular estilo de argumentación de estructura dogmática, en la que se despliega una cosmovisión de tinte solipsista en cuanto a dar el sentido de verdadero y único al conocimiento o la experiencia que el sujeto tiene acerca de un suceso.

Su invisible objetivo es anular otras posibles versiones del “te acordás”, del “vos te olvidás”, su fuerte condición, como decíamos anteriormente es la de versión oficial que ilusoriamente refuerza la supremacía del Yo respecto que de lo único que el Yo puede estar seguro es de la existencia de su propia mente, por lo tanto sólo existe lo que yo pienso, Alicia lo expresa lisa y llanamente: “esto es lo que pasó”.

La lógica binaria en la que transita el reproche es categóricamente sarcástica, se ríe irónicamente de una otra lógica que se nutre de lo multidireccional, de la multiplicidad, de producir lo múltiple. Capturando a ésta última dentro de una estructura binaria, de ahí en más, diría Deleuze (1988), “su crecimiento queda compensado por una reducción de las leyes de la combinación” (pp.12).

En este sentido, el “te acordás” evidencia su implícito imperativo categórico: “acordate” pero en clave de “uno”: “a imagen y semejanza”, acordate a mi manera.

La citada lógica binaria desaloja la capacidad de recordar, entendiendo por recordar:

“Una memoria corta, del tipo rizoma, diagrama, que no está sometida a una ley de contigüidad o de inmediatez a su objeto,

puede ser a distancia, manifestarse o volver a manifestarse tiempo después, pero siempre en condiciones de discontinuidad, de ruptura, de multiplicidad, incluyendo el olvido como proceso" (Deleuze, 1988, pp. 21).

Es decir, un particular uso de los pensamientos al servicio de producir otras formas de pensar que se desplegarían no sólo desde la lógica representacional.

El reproche en cambio, circula en clave ilusoria de memoria certera a largo plazo, como pura duración, que "calca y traduce" (Deleuze, 1988, pp. 21), aniquilando la posibilidad de crear pensamiento en el pensamiento, que las ideas produzcan ideas, bordeando su propia crisis.

Su fuerza intempestiva desestima el recuerdo como recorte subjetivo témporo-espacial de una experiencia evanescente, que ya no es, ya que el recuerdo recordado implica un trabajo de de-construcción-construcción subjetiva, que involucra un pensar que posibilita en el acto mismo de recordar, la simultánea construcción de una otra versión respecto de la recordada.

Es decir, el experimentar-recordar-olvidar transita por el incierto y novedoso terreno de lo recordado pero que, citando a Morey (1987): "no resulta para el pensamiento un problema de verdad, de cómo son las cosas" (pp.18).

Diríamos que el reproche intenta anular el citado circuito de experiencia-recuerdo-olvido, obturando la posibilidad de desarticular la intocable creencia de una memoria arborescente que captura la experiencia echando raíces, quitándole movilidad, impidiendo el devenir de pensamientos en pensamientos olvidados.

Ilusoria memoria molar unidireccional, que no deja de producir un sufrimiento de cualidad narcisista, que paradójicamente sostiene la creencia omnipotente de inmovilizar el presente evanescente, "devenir ilimitado, eternamente lo que acaba de pasar y lo que va a pasar, pero nunca lo que pasa" (Deleuze, 1969, pp. 31). Desafiando petrificar lo imposible de petrificar, lo actual, aquello que nos sorprende y nos interroga.

Memoria impenetrable, inmóvil frente a posibles cuestionamientos, frente a instantes paradojales que conmocionan el sentido común enarbolado en lo común de las semejanzas.

La pareja-paciente aloja en su seno dicha dinámica encerrante, desubjetivante, que paradójicamente resulta estructurante, en cuanto a configurar una situación vincular no vinculante que, como sostiene I. Berenstein (2007),

“apetece por el todo que amenaza con transformarse en nada, como lo informan los reproches que suscitan la desilusión ante la vivencia de que la pareja es una entidad parcial, que hay otras posibilidades con otras parejas, cómo no haberlas” (pp. 113).

Situación analítica que convoca a una inminente intervención del analista.

f) Intervención en clave de borde. Decisión

Recordemos la intervención del analista:

– Quisiera decir algo que estoy pensando, es evidente, no podemos negarlo que se dicen cosas, que hay un profundo enojo entre ustedes pero en el sentido de la bronca que provoca que el otro se corra del lugar que tiene en la cabeza de cada uno de ustedes, me refiero que para Alicia “todas las camisas están planchadas” incluye que algunas no lo estén, esa es tu definición de “todo”, que al parecer no coincide con la definición que tiene Pedro de “todo”. Por otro lado para Pedro el “quizás yo te acompañé mal, pero te acompañé” parece ser que no coincide, no es lo mismo qué entiende Alicia por “acompañar”, y frente a este encontronazo de formas distintas de definir una situación, ¿cómo resuelven este lío?: buscando un culpable.

El inicio de la intervención, “quisiera decir algo que estoy pensando”, evidencia el grado de afectación en que se encuentra el analista respecto de su posibilidad de escuchar, de pensar y también de hablar, intentando desplegar una escucha selectiva del relato de la pareja-paciente que habilite un lugar para una nueva organización del mismo.

Escucha selectiva respecto de un posible despliegue de una visión con perspectiva, con profundidad, producto de una doble descripción de la pareja analítica que podría dar lugar a una particular forma de escucha incompleta que estimula al diálogo, en donde lo dicho por un sujeto tiene la connotación de un aporte, respecto de ofrecer un pensamiento impensado por otros.

Hasta el momento anterior a la intervención, se podría decir que el discurso de la pareja-paciente se encuentra impregnado de ingredientes proyectivos despóticos que rebotan violentamente unos con otros, tratando de cumplir, al decir de la Sra. Klein, con la fantasía omnipo-tente de expulsar la ira, el malestar identificado con las materias fecales, en la superficie visible del rostro.

En este sentido el analista dice: “....hay un profundo enojo entre ustedes pero en el sentido de la bronca que provoca que el otro se corra del lugar que tiene dentro de la cabeza de cada uno de ustedes...”, técnicamente éste último describe el borde, la frontera que une y separa la realidad psíquica, en donde el otro tiene una representación como objeto interno y su no total coincidencia con la presencia externa que se resiste a ser incorporada por el Yo a imagen y semejanza.

Acto seguido el analista toma una decisión respecto del rumbo a tomar entre avanzar en el despliegue de una línea interpretativa respecto de una situación de campo inconsciente intersubjetivo como condición para la creación de un objeto abandónico, “el objeto que no escucha”. Y la línea teórico-técnica vincular, que configura una situación analítica de campo que excede el entrecruzamiento proyec-tivo-introyectivo, ya que la proyección se realiza pero no puede cumplir con el objetivo de transformar al otro a imagen y semejanza, regresando al Yo al estilo de una proyección que rebotó.

Optando, en ese instante de la sesión, por el enfoque vincular, describiendo la dificultad de la pareja-paciente en seguir sosteniendo de forma airosa, intocable, la poderosa creencia implícita en la verbalización de los reproches cruzados: el creer que el otro es un todo semejante.

Intervención descriptiva orientada a desactivar-profanar la omni-potente “ilusión de unicidad, que el otro es un todo semejante,

adjudicándole a los otros la idea que creemos y pensamos lo mismo” (Berenstein, 2007, pp. 134).

En este sentido la intervención del analista, describiendo en el aquí y ahora las distintas versiones que tienen Alicia y Pedro de una situación, suma, en ese instante, una otra versión a las ya existentes, ya que describe una situación analítica entre alteridades, poniendo simultáneamente en acto su propia alteridad.

Instante situacional que denota una novedosa configuración vincular entre sujetos con pensamientos diferentes, con mentes reales y distintas entre ellas que revela un notable contraste con la citada ilusión de unicidad indiferenciada.

g) Intervención-es. Diferencia radical. Juicio de culpabilidad como proceso

El tramo final de la intervención (“y frente a este encontronazo de formas distintas de definir una situación, ¿cómo resuelven este lío?, buscando un culpable”), podría ser pensado como una otra intervención dentro de la intervención, ya que ésta última propone inaugurar una nueva dimensión situacional en el aquí y ahora de la situación analítica. Nos referimos a cómo el analista enuncia con un nuevo término el encuentro-discusión: el “encontronazo”.

Enunciado que pone al descubierto una fallida estrategia defensiva complementaria de la pareja-paciente, directamente direccionada a resolver a través del reproche megalomaníaco, lo imposible de resolver: la diferencia radical⁵ con el otro.

Diferencia radical que convoca a un trabajo de pensamiento que se enriquece disolviendo complementariedades encerrantes. Dando lu-

⁵ Diferencia radical: Es la diferencia con otro de carácter impredicable, irreductible al conjunto de los rasgos que caracterizan a cada una de las otras diferencias. Y la experiencia vincular revela que las dificultades para el trabajo no proceden sólo del escrollo de la diferencia sexual o de la diferencia generacional, o de la diferencia temporal, o de la diferencia específica con un semejante. Sino que proceden del núcleo duro de la diferencia, la diferencia pura, la diferencia a secas, la alteridad o ajenidad sin predicados de otro que es otro y con el que me encuentro vinculado. (Puget J, 2000. Comunicación personal)

gar a producciones vinculares que denotan la construcción de un lugar que ofrece hospedaje a la no coincidencia como motor de subjetividad.

El “encontronazo” funciona al estilo de un salvoconducto que intenta desesperadamente, hacer desaparecer la intensa amenaza de otras posibles versiones de un suceso, de otros posibles otros.

Desesperación de un Yo herido, irritado, que circula de forma imprudente en un espacio-temporal entre ajenidades, entre diferencias, que lo fuerzan a salirse de sí mismo, a alterarse. Refugiándose subrepticiamente en una peculiar ética que lo autoriza, le concede el derecho de anular, de aniquilar la presencia del otro como extranjera al Yo.

Su artificio defensivo consiste en buscar un culpable responsable de su padecimiento narcisista. Búsqueda que al mismo tiempo lo acerca a un sufrimiento parojo, de connotaciones sofisticadamente paliativas: la ilusoria conquista de la libertad del Yo, en el encierro defensivo del Yo.

En este sentido, la intervención del analista describiendo la asfixiante paroja, evidencia cómo el “encontronazo” resuelve de forma engañosa el problema del encuentro de las diferencias radicales con el otro, al estilo de “un juego mortal que apuesta a la exaltación del Yo y de la propia identidad” (Berenstein, 2007, pp. 134).

El dispositivo psicoanalítico captura dicho violento producto, situación de violencia entre dos sujetos, diametralmente alejada de una relación de poder entre sujetos, ya que ésta última se establece

“a partir de que cada cual tiene la propiedad de imponer su ajenidad, donde puede accionar sobre las acciones del otro, pero no sobre la persona del otro para reducirlo a pura carne. Esto último sería violencia, ya no una relación de poder” (Berenstein, 2007, pp. 158).

Es decir, la intervención descriptiva intenta poner al desnudo una dinámica vincular desubjetivante, que transita por una peculiar ética que se encontraría al servicio de inocular sistemáticamente el sentimiento de culpabilidad, cuya fuerza reside en la manipulación del

“juicio de culpabilidad como proceso” (G. Deleuze, 1978, pp. 52), Pedro lo expresa de forma elocuente: “Ella me hace cargo de cosas terribles”.

Juicio de culpabilidad, que excede el sentimiento de culpa neurótico, edificado sobre la búsqueda sistemática de un “Quién” es el culpable, destinado justamente a encubrir la pregunta por el “Qué”, interrogante que posibilitaría a la pareja-paciente a cuestionarse respecto de su situación actual, el “estar juntos sin vincularse, es decir en situación de abandono” (Berenstein, 2007, pp. 153).

Habilitando un espacio mental para un posible despliegue del sentimiento de responsabilidad compartida, en cuanto a hacerse cargo de un violento producto: el reproche, cuya manufactura involucra al movimiento vincular no vinculante desplegado por la pareja-paciente.

h) Efectos post- intervención descriptiva

Luego de la intervención descriptiva, dice Pedro: “Así vivimos”, y Alicia agrega: “Por eso queremos venir, porque la violencia entre nosotros está como naturalizada”, resultan expresiones que hacen visible el posible estado de commoción de una creencia intocable, naturalizada, descolocada por un instante, de su lugar vitalicio acomodado.

Probable punto de inflexión que habilitaría a la pareja-paciente a preguntarse, al decir de Morey,

“por el pasar de las cosas que nos pasan, eso que somos ante el pasar de las cosas que pasan, de cómo pasamos a través de lo que las cosas son” (1987, pp. 19).

Es decir, el poder preguntarse por ese hacer violento que son Alicia y Pedro ante el pasar cotidiano de las diferencias, de cómo la pasan a través de lo que las cosas son, a través de la ajenidad del otro. Contundente vivencia que al parecer los mueve a querer venir, a intentar cuestionar ese hacer violento que son.

En este sentido, consideramos la intervención descriptiva del

analista como punto de partida de un hacer profanatorio: “El poder profanatorio del lenguaje como medio puro que abre la posibilidad de un nuevo uso, de una nueva experiencia de palabra” (Agamben, 2005, pp.115), ya que el analista al describir la materia prima sagrada, intocable del reproche, “el otro como todo semejante”, promueve en ese mismo instante un nuevo fin del mismo, un nuevo uso: su utilización analítica en sesión con el analista.

Novedosa configuración vincular instrumentada desde una simultaneidad de alteridades, cuyo objetivo se orienta a desacralizar el fin predatorio del reproche: la sistemática captura e inmovilización del pensamiento crítico, portador de un pensamiento creativo absolutamente imposible de prever, es decir portador de un otro imprevisible.

La intervención descriptiva propone y convoca a la pareja-paciente a ser protagonistas de un movimiento profanatorio, de confiscatorio de un territorio inundado por los reproches, portadores de una incansable dinámica discursiva defensiva, cuyo objetivo apunta a hacer posible lo imposible: “convertir lo ajeno del otro en familiar, de ampliar el territorio de lo propio” (Berenstein, 2007, pp.146).

Incipiente hacer profanatorio de la pareja-paciente que toma vida no sólo por “habitar un espacio para pensar en conjunto por identificación con la función pensante del analista” (Puget-Berenstein, 1997, pp. 162), sino también por estar transitando una intensa situación vincular analítica entre ajenidades al estilo de un “contagio profano, un tocar que desencanta y restituye al uso lo que lo sagrado había separado y petrificado” (Agamben, 2005, pp. 99).

Hacer profanatorio de la pareja analítica, que intenta a través de la palabra, poner en marcha un proceso cuyo fin se dirige a desnaturalizar, a desestabilizar el denodado avance colonizador de un pensamiento dogmático anclado en el reproche.

i) Hacia una complejidad vincular. Relaciones de poder. Unidad heterogénea

Es probable que nos encontremos frente a un instante de cierto corrimiento respecto de la citada imagen de abandono vincular, en

donde la violencia desubjetivante de los reproches ha sido profanada, ha sido tocada, por un instante, por las palabras.

El “así vivimos” denota implícitamente un “así sobrevivimos” a los embates de las diferencias cotidianas. Imagen que simultáneamente evidencia un incipiente entramado de enunciados que podrían estar esbozando una configuración vincular-no vinculante, con inquietudes vinculantes.

Luego de la “otra intervención dentro de la intervención” surge el silencio, al estilo de una bocanada de oxígeno que al parecer ayudaría a confirmar la contundente existencia de un violento alrededor: el “Así vivimos”, enmarcado en un otro alrededor: el aquí y ahora de la pareja-paciente, en presencia del analista.

Alrededores simultáneos que contrastan entre sí, lo violento del sobrevivir cotidiano, batallando por sostener la creencia omnipotente de una unidad especular, homogénea de territorios diferentes, que hace tope con una secuencia de enunciados que harían posible la construcción –con duración de instante– de un vivir en el aquí y ahora de la situación analítica a partir de las diferencias. Situación inmanente que posibilita describir, profanar-tocar con las palabras, el violento sobrevivir cotidiano.

El dispositivo psicoanalítico ofrece además otro contraste plausible de análisis, un transitar casi simultáneo entre éticas diferentes. Por un lado, como citamos anteriormente, una peculiar ética en la que circula el reproche, concediéndole ciegamente al Yo el derecho a reprochar –aniquilar al otro– enemigo.

Peculiar ética intervenida por el trabajo analítico, que posibilita desplegar o adquirir otra ética que habilitaría la construcción de un lugar que albergue la ajenidad del otro, que en el decir de Berenstein, daría lugar al cuidado del otro que me protege como sujeto y no en aniquilarlo, ya que eso me destruye como sujeto.

Es decir, una ética que otorga como derecho: un lugar al hacer desde las diferencias, desde la no coincidencia con el otro.

La fuerza en su adquisición y/o despliegue no es solamente conceptual sino que puntualmente reside en la fuerza propia de la vincularidad desplegada en el aquí y ahora de la situación analítica, que en el parecer

de J. Puget, conlleva “una multiplicación de potencialidades entre dos o más sujetos”.

Subjetividades ampliadas promovidas y promotoras de un movimiento profanatorio de la pareja analítica, intentando desarticular una dinámica no vinculante de la pareja-paciente, en estado inerme, asediada por la violenta y dolorosa transformación “de una relación de poder que se ejerce sobre otro u otros ligado a la potencia, que se torna omnipotencia, ubicando al otro en el polo inerte-impotente”. (Puget. 2010, comunicación personal)

Movimiento descriptivo profanatorio que posibilita simultáneamente la creación de una relación de poder entre los sujetos de un vínculo, en código de complejidad vincular, a partir del cual se dinamiza la construcción de un otro sentido común cuyo punto de partida es lo no común, es decir la diferencia radical con el otro, marca irredimible que excede lo que el predicado dice del sujeto, potencian- do la producción vincular.

De esta manera se dimensiona en el aquí y ahora de la situación analítica un instante de vida en común entre los sujetos de un vínculo, con posibilidad de habitar espacios cotidianos desde una perspectiva paradojal. Nueva perspectiva que daría lugar al nacimiento de una otra versión del “Así vivimos”, como unidad heterogénea.

En este sentido la intervención descriptiva resulta su correlato técnico profanatorio, cuya meta podría ser metafóricamente pensada desde el pensamiento de los juristas romanos citados por Agamben (2005),

“un transitar por un ámbito vinculado a la consagración (*sacrare*), término que designaba la salida de las cosas del derecho humano, y el ámbito profanatorio que resultaba por el contrario, restituirlas al libre uso de los hombres” (pp. 97).

Es decir, un transitar de la pareja analítica en la situación analítica, entre el reproche que consagra, es decir desaloja, saca de circulación el derecho de todo ser humano a un pensamiento crítico-creativo, y su consiguiente intervención descriptiva profanatoria, posibilitando de esta manera la restitución y libre actividad de ser sujeto con otro.

Combustible imprescindible que daría lugar a poner en movimiento el estimulante desafío de producir acciones para producir pareja, para producir vínculo analítico. En otras palabras, devenir otro con otro, creando valores, nuevos significados que hacen a la cultura de ese vínculo.

Instante inaugural de nuevos instantes, de un hacer vincular sin precedentes que dinamiza a la pareja-paciente a construir sentido a lo que se impone, ya que la presencia de un sector no conocido del otro establece un tope al no coincidir con la anticipación que desde la relación de objeto se hace, sorprendiendo al Yo por lo imposible de interpretar.

5) Comentario final

“Un dispositivo psicoanalítico en clave de borde” propone otra herramienta de trabajo para el analista caracterizada por la convivencia de lógicas heterólogas.

Convivencia que posibilita una ampliación de la mirada analítica, produciendo simultáneamente un incipiente y dinámico desacomodamiento en la actitud mental del analista ya que éste carece de una perspectiva teórico-técnico exclusiva, cuenta con más de una.

Visión complejizada, que posibilita desactivar-profanar una inercia teórico-técnica sintomática acomodada, aliada de un particular uso de las teorías, que en el decir de I. Berenstein, son utilizadas “ya no como conceptos, sino como hábitos conceptuales”.

Mirada ritualizada que obstaculiza el vital cuestionamiento de las teorías que conforman el corpus psicoanalítico, en cuanto a su nivel de eficacia analítica-terapéutica, es decir respecto de su vigencia.

Anhelando que la lectura del presente trabajo estimule a seguir pensando en la línea implícita que atraviesa el mismo, nos referimos a la activa y diversa participación del analista en el devenir de las diferentes situaciones analíticas, es decir su alto nivel de compromiso en el devenir de los vínculos en un proceso psicoanalítico.

Bibliografía

- AGAMBEN, G. (2005) ¿Qué es un Dispositivo? Ficha, En *Ciclo de conferencias en Buenos Aires, 2005*.
- (2009) “Elogio de la profanación”. En *Profanaciones* (2da Ed). Buenos Aires: Ed. AH.
- BARANGER, M. AND BARANGER, W. (1969) *Problemas del campo psicoanalítico*. Buenos Aires: Ed. Kargieman.
- BERENSTEIN I, & PUGET, J. (1997) “Interpretación”. En *Lo Vincular. Clínica y Técnica Psicoanalítica* (2da Ed). Buenos Aires: Ed. Paidós.
- BERENSTEIN, I. (2006) “Teoría Vincular y Psicoanálisis”. En *Actualizaciones en Psicoanálisis Vincular. Departamento de Pareja y Familia*. Buenos Aires: Ed APdeBA.
- (2007) (Clase 5, Clase 6, Clase 7, Clase 8). En *Del Ser al Hacer. Curso sobre Vincularidad* (2da Ed). Buenos Aires: Ed. Paidós.
- DELEUZE, G. (1987) “Los cristales del tiempo”. En *Estudios sobre cine 2*. Cap. 4. Buenos Aires: Ed. Paidós.
- “Prólogo a la edición castellana del pasar de las cosas que pasan y su sentido”. Cap. I “Primera serie de paradojas del puro devenir”. Cap. II “Segunda serie de paradojas de los efectos de superficie). En *Lógica del sentido* (2da Ed). Buenos Aires: Ed. Paidós.
- DELEUZE, G. & GUATTARI, F. (1978) “Los componentes de la expresión”. En *Kafka: Por una literatura menor*. Cap. 2. México D.F: Ed. Era.
- (2006) “Introducción: Rizoma”. En *Mil Mesetas. Capitalismo y Esquizofrenia*. (7ma Ed) Cap. I. Valencia. España: Ed. Pre-Textos.
- DÍAZ, E. (2003) *La Filosofía de Michel Foucault*. Buenos Aires. Ed. Biblos.
- FOUCAULT, M. (1977): Entrevista a Michel Foucault. En *Revista Diwan* (1978) N° 2.